



**UN CENTENARIO** que ningún venezolano debió pasar en olvido, se cumplía el 26 del pasado mes de noviembre. En tal fecha, el año 1843, bajó al sepulcro el distinguido patricio Don Martín Tovar y Ponte.

Papel importantísimo le tocó desempeñar a Don Martín, hijo de los Condes de Tovar, en la vida venezolana. Tanto que le tocó ser el verdadero anillo de unión entre el distinguido pasado colonial que se desmoronaba rápidamente entre los años 1808 y 1811, y el nuevo orden que alboreaba entonces mismo para la vieja Capitanía General de Venezuela.

No fué Caracas el lugar de nacimiento de Don Martín Tovar, como erróneamente se ha afirmado. Nació en La Vega, como consta por copia de la partida de bautismo que el escritor Juan Vte. González reproduce en su intento de biografía de Tovar. Había nacido el 27 de setiembre de 1772.

Después de estudiar letras en el Seminario de Caracas, pensó seguir la carrera de las armas. Pero disuadido por su padre, dióse más bien al cuidado de las grandes posesiones agrícolas de su familia, que comenzando en La Vega se extendían por Aragua y el Tuy.

Cuando la invasión napoleónica en España, fué Martín Tovar el señalado aquí en Caracas para presentar al Capitán General Don Juan Casas, el proyecto de un grupo de patriotas que querían formar la Junta de Gobierno de Caracas. Tan resuelta fué su actitud ante el desagrado del Capitán General, que voluntariamente prefirió ser encarcelado durante tres meses, antes que permitir la violación de un legítimo derecho. Tal actitud le conquistó en 1810 la elección para Alcalde Segundo de la ciudad. Y en tal posición fué él quien convocó el célebre Cabildo del 19 de abril, en el cual se iba a dar al traste con la autoridad del último Capitán General Don Vicente Emparan.

De allí en adelante, los años 1811 y 1812 lo ven o en actividades políticas, o como capitán de milicias, hasta llegar al heroísmo en la acción de El Arado, donde gana el grado de Coronel. Sufrir luego en años sucesivos destierros, privaciones y peligros, todo por la causa de la independencia. La Convención de Ocaña injustamente los destierra de su Patria. Sólo en 1830 regresa a servirla de nuevo, con su consejo y experiencia, en la organización política y constitucional del país.

En 1839 respalda con su fianza el empréstito que el Gobierno hace el Coronel Codazzi para la publicación del Atlas y Geografía de Venezuela, la obra más importante en su género publicada hasta hoy por nuestra Patria. Y todavía en 1842 también la fortuna personal de Tovar sale a la fianza en la empresa de inmigración alemana que venía a establecerse en tierras de Aragua. Por un doble motivo iba a llamarse aquella Colonia "Tovar": porque sus terrenos fueron donativo generoso de Don Manuel Felipe Tovar, y porque el fiador del empresario fué el tío de éste, el consecuente patriota Don Martín Tovar y Ponte.

Cuando personajes de orden muy secundario, de patriotismo muy dudoso, de conducta no tan ejemplar, reciben en nuestros días el elogio de los oportunistas, o la exaltación de mediocridades engréidas y bullangueras, no puede pasarse en silencio esta fecha centenaria de quien probó con hechos inequívocos su acendrado e inmixtificado patriotismo.

**LA HUELGA**, cuya proximidad, según la vulgar expresión, **se mascaba**, ya que era un experimento necesario para los líderes políticos de los resucitados sindicatos, estalló por fin con ocasión del conflicto autobusero de La Guaira.

Hubo rompehuelgas, intervención de la policía, sabotaje, intentos de violencias e incendios... Surgieron en el litoral junto a

los huelguistas conocidos líderes políticos, de los que especulan con los sindicatos... Hubo todo lo que se deseaba... hasta una solución presidencial. Está en el programa que hay que respetar, alabar, halagar al Presidente. **Halar... dicen otros...**

No cesaremos de insistir en el auge peligroso que va tomando, no la sindicación —que aplaudimos—, sino **la política en los sindicatos.**

**L**UNA PARK!!! Apareció otro nuevo tumor infecto, índice claro del estado de descomposición moral. La Prensa ha hablado, es verdad; ha tenido sus frases de reprobación, pero ni tan severas ni tan fuertes como se merecía el caso. Ha prevalecido el tinte informativo; y vocero ha habido que ha presentado el caso con una minuciosidad gráfica morbosa y corruptora. Y volvemos a caer en el mismo error. Vez hubo en que cierto reformador<sup>11</sup> consiguió arrasar unos cuantos antros en el Silencio y no faltaron cándidos que creyeron resuelto el problema de la moralidad. Entonces, como ahora, comenzaron a insistir sobre la necesidad de un standard superior de vida material, porque el vicio era para muchas la única solución ante las estrecheces económicas. Problema tan complejo como éste no puede reducirse a un solo factor y entre los muchos que lo integran ocupa puesto de primacía el moral. Esos antros de corrupción física comienzan por ser antes antros de corrupción moral. Son los hombres los que abren, sostienen y fomentan esas casas de vicio: son hombres, con frecuencia adinerados, los que descarada o encubiertamente, como iniciadores o cooperadores, multiplican esos centros, donde la dignidad humana llega a rebajarse de manera inconcebible. A esos hombres adinerados, autores principales del escándalo, más que las pobres víctimas, arrastradas con frecuencia por el engaño o la necesidad, vamos a absolverlos por sus angustias económicas? No hay vida moral y para la comprobación de esta triste conclusión ahí está fresco aún el Luna Park arrojando negros borrones sobre nuestra ética.

Algunos se felicitan por el cierre de Luna Park ¡Como si solo existiera uno! ¡Como si al cierre de uno no siguiera la apertura de cinco!! Nada se conseguirá mientras la familia, la escuela, la calle, la diversión, el libro, no se conviertan en tec-

ciones continuas de moralidad. Es lo que más urge: es lo fundamental. Un pueblo pobre con moral, se mantiene con dignidad. Un pueblo rico sin moral, se pudre en el vicio.

**D**ON MIGUEL ANTONIO CARO es sin disputa el segundo mayor genio de las letras que ha producido Hispano-América. Al lado de la figura de Bello, se alza con luz propia y potentísima, la figura del sabio lingüista, del crítico profundo, del humanista acabado, del serenísimo poeta, Miguel Antonio Caro.

Este ilustre hijo de Bogotá había nacido el diez de noviembre de 1843, y en aquella misma ciudad cursó Filosofía y Letras. Brilló en la vida pública hasta subir al supremo honor de ser Presidente de la República.

Sin salir de su Sabana Bogotana, —como él mismo lo decía en alarde espontáneo—, adquirió una cultura tan extensa, tan profunda y tan equilibrado que ponía admiración aun fuera de su Patria. Sus trabajos lingüísticos y literarios no envejecen. La voz consagratória de Menéndez y Pelayo lo llamó "el mejor traductor castellano de Virgilio". Junto al literato eminente, y al estadista sincero y desinteresado, anduvo el hombre probo, modesto, ejemplar, en una palabra. Y como médula insustituible en su personalidad tenía la fe acendrada de los grandes genios y el catolicismo práctico y pundonoroso de quien no se avergüenza de lo que cree.

Acaba de pasar la fecha del Centenario del nacimiento de Caro. Hubo un acto público y solemne en la Sociedad Bolivariana, en el cual llevó la palabra, con la dignidad y acierto que él sabe hacerlo, el Presidente de la Academia Venezolana de la Lengua, Dr. J. M. Núñez Pante. Parte de la prensa local publicó algún artículo en honor de Caro. Y... eso ha sido todo!! Tristeza da el tener que reconocerlo así. Una vez más hemos visto la demostración del desconocimiento, del olvido y del silencio voluntario, perpetrado en torno a la memoria de una de las más excelsas figuras americanas. Todavía pesa mucho en contra, en la balanza de ciertos sectores, el credo religioso, y aun el credo literario, de valores tan inextinguibles como Don Miguel Antonio Caro.